

Petra, una ciudad del desierto

Autoría: Carmen Blánquez Pérez

Afiliación: Doctora en Filosofía y Letras (Historia) por la Universidad Complutense de Madrid; profesora titular del Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología de la UCM

TIPO	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Arqueología e historia antigua	79-93	TDL-78-2022-079-093

RESUMEN DOCUMENTAL

Estudio histórico y arqueológico de Petra y del reino nabateo. La autora explica el origen y sedentarización de los nabateos, el papel de las rutas comerciales, la configuración urbana de la capital y la singular combinación de arquitectura excavada y construida. También analiza las soluciones hidráulicas que hicieron posible una gran ciudad en un medio desértico y repasa la evolución posterior del enclave hasta su redescubrimiento y valorización patrimonial.

PALABRAS CLAVE

Petra · nabateos · arqueología · Jordania · historia antigua · arquitectura rupestre · hidráulica

CITA BIBLIOGRÁFICA

Carmen Blánquez Pérez. «Petra, una ciudad del desierto». Torre de los Lujanes, n.º 78, 2022, pp. 79-93. ISSN 1136-4343.

Petra, una ciudad del desierto

Por

Carmen

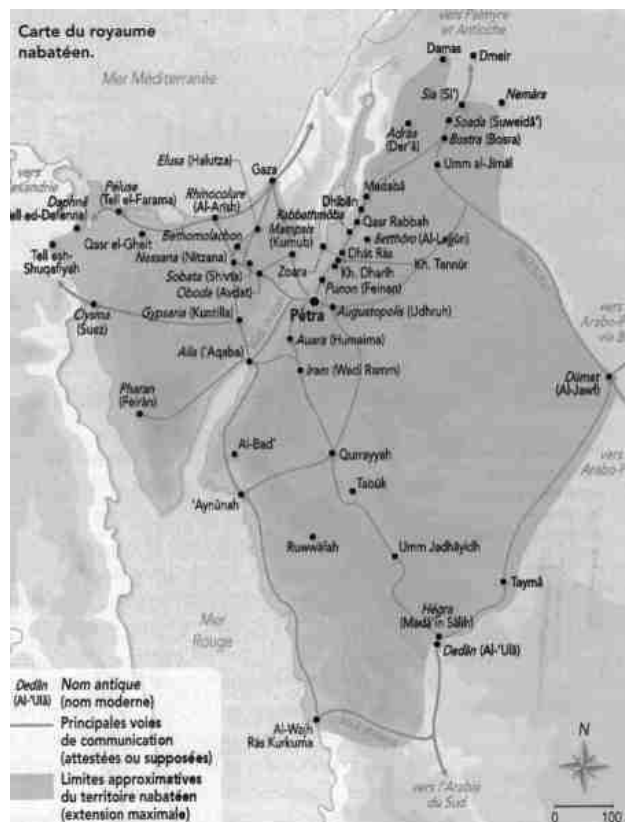
Blánquez Pérez
*Doctora en Filosofía
y Letras (Sección
de Historia) por
la Universidad
Complutense
de Madrid.
Profesora Titular del
Departamento de
Prehistoria, Historia
Antigua y Arqueología
de la Facultad de
Geografía e Historia,
de la Universidad
Complutense de
Madrid (UCM)*

Introducción

Es oportuno comenzar con una breve presentación de los nabateos, el pueblo que creó la ciudad de Petra, que servirá para situarnos espacial y cronológicamente. Eran tribus árabes, pues su lugar de origen es la península Arábiga, pero empezamos a tener noticias de ellos tras haberse trasladado hacia el norte, hasta llegar a lo que es hoy día el sur del reino Hachemita de Jordania. Allí, llevaban una existencia nómada, moviéndose con su ganado por regiones desérticas, pero fueron abandonando esa forma de vida, fueron asentándose, sedentarizándose, y en el II a.C. crearon un reino: Nabatea, cuya capital fue Petra.

Su período de mayor esplendor y prosperidad, que se corresponde con un extraordinario desarrollo de la ciudad, tuvo lugar

durante los siglos I a.C. y I d.C. y se debió al comercio, especialmente al de dos productos muy concretos: el incienso y la mirra. Fue también durante esta “edad de oro” cuando el reino



Mapa de Nabatea.

terminó la historia de la ciudad que, a partir de entonces, atravesó diversas etapas destacables: romana y cristiana-bizantina. Hasta que, en algún momento del siglo VII d.C., tras la conquista musulmana, Petra dejó de ser un centro urbano. A partir de entonces, las únicas noticias destacables se corresponden con la época de los Cruzados, que construyeron allí algunas pequeñas fortalezas. Después, Petra y Nabatea cayeron en el olvido.

alcanzó su mayor extensión, pues ocupaba gran parte de la actual Jordania, así como territorios de Egipto, Israel, Siria y Arabia Saudí.

Pero todo acabó cuando, a comienzos del siglo II d.C., en el año 106, el emperador romano Trajano ordenó la anexión de Nabatea, convirtiéndola en la provincia romana de Arabia. Con la desaparición del reino no

Ya en la época moderna, tribus beduinas utilizaron ocasionalmente las casas y tumbas rupestres nabateas para ellos y su ganado, hasta que fueron desalojadas en el año 1985, cuando Petra fue nombrada Patrimonio de la Humanidad.

Una ciudad única

Petra, la capital del reino de los nabateos, fue una ciudad diferente de otras del Mundo Antiguo. En primer lugar, por sus peculiares e insólitas tumbas y casas rupestres, pero también por el lugar escogido para fundarla, un desierto rodeado de desiertos, aparentemente poco propicio para la vida humana. Y aún hay más rasgos que la convierten en una ciudad distinta, como el hecho de que se entrara en ella a través de un acceso único: un largo y estrecho desfiladero; o que, siendo una urbe a la que acudían caravanas desde remotos lugares de Oriente, no fuera un lugar abierto y visible sino que, por el contrario, estuviera oculta, escondida (a diferencia de otras, como Palmira, en el desierto sirio, en la que se pueden divisar desde km de distancia el palmeral de su oasis y el perfil de los edificios de la ciudad).

Petra y su ubicación: el desierto

Una imagen de Petra y su entorno tomada desde un satélite resulta muy expresiva, porque los distintos colores que aparecen (amarillo, ocre) nos muestran la sequedad desértica que imperaba en el territorio elegido para crear la ciudad y en sus alrededores.

Es cierto que en el Mundo Antiguo los desiertos de Oriente no fueron lugares deshabitados, todo lo contrario, por ellos se movían pueblos perfectamente adaptados a ese medio ambiente que nos parece tan hostil, gentes con una forma de vida nómada, caracterizada por la movilidad (no cultivaban la tierra, no construían casas, ni compartían aquellos rasgos que caracterizan a las civilizaciones antiguas que conocemos). Y su existencia era posible porque en ciertos lugares de los desiertos por los que transitaban había agua y los nómadas acudían junto con su ganado a esos lugares, porque conocían los puntos en los que se ubicaban.

El caso de Petra es distinto pues estamos hablando de una gran ciudad, y el valle escogido para fundarla carecía del agua suficiente para abastecerla. Sin embargo, los nabateos, demostrando una gran habilidad e ingenio, consiguieron convertir dicho valle en un lugar habitable, que llegó a albergar a un número de habitantes muy elevado.

Cabe preguntarse ¿Por qué eligieron un territorio tan poco propicio y difícil para asentarse? ¿Por qué todo ese ingente esfuerzo? La respuesta es sencilla: por el comercio.

Si contemplamos en un mapa el trazado de las antiguas rutas caravaneras existentes en Oriente, vemos que enlazaban y vinculaban espacios muy distantes. Y si en ese mismo mapa situamos el contorno de Nabatea, veremos que todas las regiones del reino, incluso las más alejadas entre sí, estaban unidas por las pistas caravaneras y, asimismo, vinculadas con la capital, Petra, que era el punto neurálgico de todas ellas y estaba situada en el centro.

Asimismo, las ciudades más destacables del reino se distribuyeron en lugares estratégicos a lo largo de estas vías de comunicación, que, además, estaban jalonadas por caravasares.

La posición estratégica de Nabatea, entre territorios como Arabia al sur y Siria al norte, entre Egipto al oeste y Mesopotamia

al este, influyó poderosamente en su devenir histórico, en sus actividades económicas y en los rasgos que caracterizan su cultura; como también lo hizo su condición de punto de unión entre Oriente y Occidente. Asimismo, el reino estaba en contacto directo con dos mares: el Mediterráneo (por puertos como Gaza) y el mar Rojo y el océano Índico (por puertos como Aqaba y Leuke Kome), auténticas vías de acceso a otros mundos, a otros pueblos y culturas (y a sus productos).

Petra y su ubicación: una ciudad oculta



Mapa de las rutas comerciales

Gracias a las excavaciones arqueológicas y a relatos de historiadores antiguos, sabemos que los primeros asentamientos de pequeños grupos de nabateos, de aquellos que comenzaban a involucrarse en el comercio caravanero compaginándolo con sus actividades nómadas ganaderas (antes de la creación del reino), se llevaron a cabo en un valle oculto entre altas montañas que brindaban una protección natural: no había muralla mejor que esas altas masas rocosas, en cuyas cimas, además, podían refugiarse en caso de peligro, defendiéndose fácilmente de posibles ataques.

A medida que su participación en el comercio fue incrementándose, tuvo lugar un complejo proceso que culminó con la creación del reino y de Petra, su capital. A partir de entonces, siguió contando con la ventaja de esas defensas naturales (de hecho, en la ciudad nabatea no hubo nunca murallas construidas), pero las montañas que encerraban el valle también suponían un obstáculo para las caravanas. Porque, además de capital de Nabatea, Petra fue una ciudad caravanera, que es una forma de denominar a aquellas ciudades del Mundo Antiguo situadas a lo largo de las rutas comerciales, por las que interminables filas de camellos cruzaban las estepas y los mares de arena, transportando todo tipo de mercancías.

Volvamos, de nuevo, a Palmira, otra gran ciudad caravanera, e insistamos en el entusiasmo que sentirían los integrantes de las caravanas al divisar el palmeral del gran oasis destacando en la llanura: allí les esperaban agua y alimentos, descanso, seguridad, y llevarían a cabo las ventas y compras, todo tipo de actividades comerciales, cumpliendo así con la finalidad de su viaje. Indudablemente, el trayecto durante las últimas horas, desde que avistaban la deseada meta hasta que finalmente la alcanzaban, lo realizarían con la mirada fija en ese milagro verde.

Sin embargo, nada de todo esto se cumple en Petra, pues podemos estar muy cerca y no ser capaces de verla, ni siquiera de intuir su existencia, escondida como está en ese valle entre montañas de arenisca. Y las montañas no ocultaban un oasis con agua y frondosas palmeras, no había agua suficiente ni palmeral (aunque sí hubo palmeras) pero el lugar se convirtió en un auténtico paraíso creado gracias al esfuerzo y al ingenio humano.

La entrada a la ciudad

Estamos acostumbrados a una imagen común en las grandes urbes de la Antigüedad: estaban rodeadas por altas y sólidas murallas y contaban con varias puertas por las que se accedía al interior. Pero en Petra no había nada de esto.

Los nabateos habitan una población, de nombre Petra, ubicada en un hondo valle con una anchura de algo menos de dos mil pasos; está rodeada de montes inaccesibles y atravesada por un río.

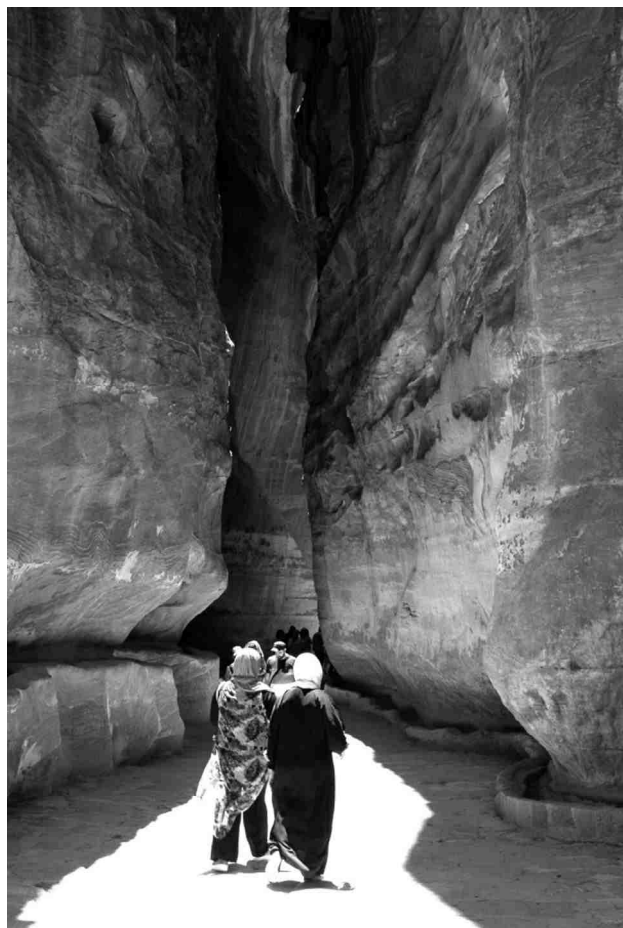
Plinio, *Historia Natural*, VI, 144.

Es una buena descripción. El lugar escogido para fundar Petra fue un pequeño valle plagado de ondulantes colinas y cerros y encerrado entre montañas que la ocultaban ante los ojos de posibles enemigos. Por eso no hubo necesidad de construir murallas que la protegieran, pues las elevaciones del terreno que la rodeaban servían como defensas naturales. Y de ahí el nombre de Petra (“roca”) con el que la bautizaron griegos y romanos, nombre con el que es conocida hoy día la ciudad, aunque el original, el nabateo, fue *Rqm*, palabra que probablemente alude a los espectaculares colores de la piedra arenisca, que salen a la luz con la erosión producida por el paso del tiempo, el agua y el viento.

¿Cómo se entraba en Petra?

Ninguna otra ciudad del Mundo Antiguo tuvo una entrada como la de Petra, a través de una grieta natural surgida tras un tremendo movimiento sísmico que literalmente partió en dos una gran montaña. Se la conoce con el nombre árabe que le pusieron los beduinos que vivieron allí en la época moderna: *Siq*, palabra que significa desfiladero.

Adentrarse y recorrer esta hendidura supone para los viajeros actuales vivir una experiencia única, y debía causar la misma emoción a los visitantes de hace dos mil años. El camino se prolonga a lo largo de



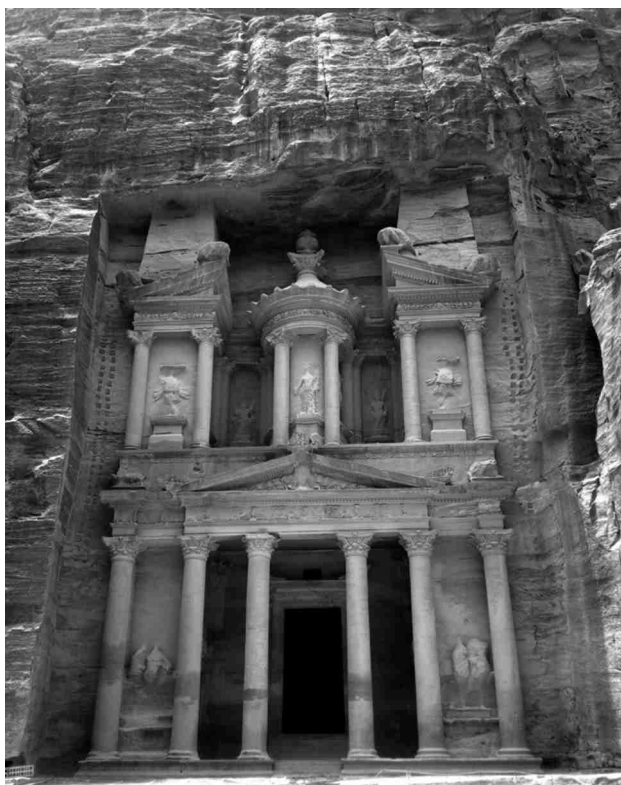
El Siq

casi dos kilómetros, serpenteando a derecha e izquierda, ensanchándose y estrechándose hasta reducirse, en ocasiones, a menos de tres metros de ancho. Y, al mismo tiempo, la altura de los acantilados que lo bordean va aumentando hasta alcanzar más de cien metros y ocultar prácticamente el cielo. Se crea así un ambiente con una luminosidad especial que realza los peculiares y cambiantes colores de la piedra arenisca.

Además, encontramos ya en el *Siq* la presencia del agua: dos canales excavados en la roca, en ambas paredes del desfiladero. Uno está recubierto de estuco y cubierto con losas, y contaba con fosas de decantación a intervalos regulares para garantizar la pureza del líquido, así como con pequeñas fuentes a intervalos regulares, para

saciar la sed de los caminantes. El otro, es un canal abierto en el que se instaló una tubería de cerámica. Por medio de ambos, el agua se dirigía hacia el interior de la ciudad donde se almacenaba en grandes embalses y cisternas (esta agua provenía de un manantial que lleva el nombre del profeta Moisés, ubicado a unos 7 km de distancia).

Al final del *Siq*, la visión repentina de un gran monumento rupestre, el *Khazneh*, confirmaría a los visitantes que habían llegado a una opulenta ciudad. Es uno de los monumentos más bellos e impresionantes del Mundo Antiguo y, además, su dramático emplazamiento que obliga a descubrirlo repentinamente tras una curva, destacando bajo la luz, tras recorrer los oscuros últimos metros del desfiladero, refuerza aún más el impacto que causa su contemplación. El *Khazneh al-Farun* (tesoro del faraón, en árabe) es otro de los monumentos nabateos a los que los beduinos modernos pusieron nombre y, sin duda, es el símbolo de la antigua ciudad, conocido y reconocido incluso por aquellos que no hayan visitado Petra.



El *Khazneh*

Una ciudad excavada en la roca

Los petrenses fueron auténticos maestros tallando la piedra y sus monumentos rupestres son famosos. Pero en Petra hubo también edificios contruidos, que están saliendo a la luz gracias a las excavaciones arqueológicas. Sin embargo, es cierto que la antigua ciudad se identifica especialmente por sus originales monumentos excavados en la roca y esto probablemente se debe a dos circunstancias: por un lado, su elevado número y su visibilidad y por otro a que más del 90% de la ciudad contruida permanece aún oculta bajo tierra, esperando el rescate del olvido.

Pero ¿por qué se excavó parte de la ciudad en la roca?

El hondo valle interior encerrado entre altas montañas del que nos habla Plinio no es muy grande (unos 4,5 kilómetros cuadrados) y tampoco es plano, sino que está cubierto por colinas, cerros y lomas. La única superficie llana es un estrecho pasillo situado en su centro, que lo divide en dos, por el que discurría el *wadi* Musa (el río que menciona Plinio). Allí, aprovechando ese escaso terreno liso, los petrenses contruyeron una larga calle (unos 250 m) paralela al curso del *wadi*. Así pues, el espacio para contruir grandes edificios era limitado, de manera que decidieron utilizar también las colinas, cerros y montañas y lo hicieron excavando la roca y elaborando así sus viviendas y tumbas rupestres. En las laderas de las lomas y altozanos más próximos (al *wadi* y a la calle) se situaron los principales edificios: grandes templos, baños, jardines con pabellones, mercados y tiendas, etc. Más allá, en diferentes alturas dependiendo del terreno escogido, estuvieron los barrios de viviendas contruidas y también las tumbas y casas rupestres.

De manera que fue la especial orografía de la zona, fueron las posibilidades que ofrecía el terreno, las que propiciaron que sus

habitantes crearan una ciudad distinta, mitad construida y mitad excavada en la roca, en su afán por ocupar y aprovechar hasta el máximo dichas posibilidades. Y es esa combinación de arquitectura rupestre y construida la que le otorga una imagen muy peculiar de una belleza espectacular. Y todo ello fue posible porque la ciudad está asentada sobre una “petra”, una piedra arenisca, que es relativamente fácil de trabajar y horadar.

El agua

Esto es lo que nos cuentan las fuentes antiguas:

La capital de los nabateos se llama Petra, pues se encuentra en un lugar (...) que está fortificado todo alrededor por una roca (...) el interior está bien dotado de fuentes, tanto para regar jardines como para sacar agua.

Estrabón, XVI, 4, 21

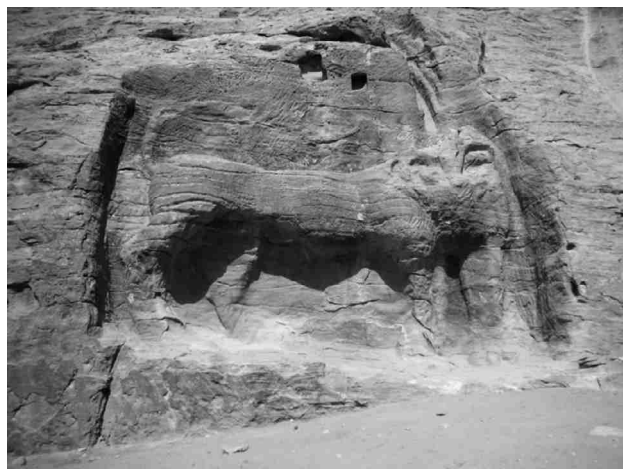
La intensa actividad que se vivía en la ciudad requería, como es lógico, un elevado consumo de agua. Los cálculos estimados sobre el número de personas que pudo albergar Petra durante su “edad de oro” (siglos I a.C. y I d.C.) se cifran en 30.000 habitantes, cantidad que se incrementaría con la llegada de las caravanas. Y esto implica la necesidad de contar con una gran cantidad de agua tanto para el consumo humano como el de animales y, asimismo, para las tierras de cultivo situadas fuera del valle.

Si el clima no ha cambiado considerablemente, la pluviosidad media anual en la ciudad oscilaría entre los 100 y los 150 mm (el equivalente a menos de un vaso de agua), lo que se corresponde con un medio ambiente desértico, seco y árido. Sin embargo, se podría

decir que la principal riqueza de Petra fue el agua, no por su abundancia natural sino por la maestría que desarrollaron los petrenses para recoger y aprovechar hasta la última gota.

Además, las escasas lluvias se concentran en primavera e invierno y caen en forma de súbitas tormentas que inundan un suelo que no puede absorberla, sobre el que el agua se desliza y corre formando torrenteras o correntías que se precipitan con gran fuerza pudiendo causar auténticos desastres (¡Y no hay que olvidar que el terreno en el valle cuenta con innumerables cuestras!)

La paradoja que representa por un lado la innegable escasez de agua de lluvia y por otro la tremenda fuerza destructiva que puede desencadenar una breve tormenta invernal tuvo que ser resuelta por los nabateos mediante el ingenio. Para ello, los petrenses elaboraron una red de abastecimiento extremadamente eficaz, que se mantuvo durante siglos. Consistía en sencillos pero ingeniosos sistemas de control de las torrenteras y de recogida del agua de lluvia y, asimismo, en avanzadas obras de ingeniería hidráulica que conducían el agua proveniente de manantiales—relativamente cercanos pero situados a kilómetros de distancia—



La Fuente del León

empleando sistemas complejos de captación, transporte y almacenaje del agua. Presas, canales, cisternas, diques, tuberías, acueductos y embalses consiguieron un abastecimiento continuo a Petra a lo largo de todo el

año. La mayoría de estos testimonios no los vemos si únicamente recorremos el centro de la ciudad. Pero incluso ahí, podemos ver los restos de lugares asombrosos: lagos artificiales con un pabellón en el centro, rodeados de jardines (el llamado *Petra Pool Complex*) fuentes adornadas con grandes figuras de animales, cascadas por las que el agua se precipita al vacío... Y todo ello ¡En mitad del desierto!

Los últimos habitantes de Petra

Aún se puede añadir otra circunstancia que, igualmente, convierte a Petra en una ciudad única. Se trata de los beduinos Bdul, que han vivido en los monumentos rupestres y a los que se puede considerar, por tanto, los últimos habitantes de Petra.

En un principio, llevaban una existencia nómada, basada en la cría de cabras, ovejas y camellos, y se refugiaban junto con



Petra, por David Roberts (1839)

su ganado durante los fríos meses invernales en las casas y tumbas rupestres petrenses. En algunos grabados y litografías que ilustraban las publicaciones que fueron apareciendo sobre Petra desde comienzos del siglo XIX, aparecen retratados delante de los monumentos, como una pincelada exótica que completaba la imagen de la antigua ciudad.

Ya en el siglo XX, algunos comenzaron a sedentarizarse y a cultivar la tierra (trigo, cebada y tabaco), por lo que su ocupación de los monumentos rupestres nabateos fue aumentando y consolidándose. Pero fue la llegada del turismo la que transformó radicalmente su existencia, pues muchos comenzaron a dedicarse a la venta de pequeños objetos artesanales realizados por ellos mismos, así como a guiar a los grupos de visitantes en sus excursiones por los intrincados caminos de cabras que recorren el parque arqueológico, que ellos conocían perfectamente. Esto supuso que se afincaran ya de manera permanente en Petra, escogiendo normalmente los mismos monumentos que habían utilizado hasta entonces de forma estacional.

Finalmente, en el año 1985, el Departamento de Antigüedades jordano les trasladó a un poblado de casas de nueva construcción: Umm Saihun, situado a unos 4 km al norte de la antigua ciudad de Petra.

La vida en Petra de estos últimos habitantes merece ser estudiada, pues se trata de una fuente de información directa y muy particular sobre la vida en la antigua ciudad. Como los petrenses, los Bdul abandonaron el nomadismo para sedentarizarse precisamente en la urbe que aquellos fundaron para que fuera la capital del reino, viviendo en sus mismas casas y tumbas. Sus rebaños pastaron y correataron en las mismas intrincadas gargantas, escalando por las escaleras nabateas talladas en la roca y descansando en el interior, o

a la sombra de sus monumentos. Cultivaron los mismos terrenos, empleando idéntico sistema de terrazas elaboradas en las laderas de las montañas para aprovechar al máximo el riego, y aún hoy día siguen manteniendo sus huertas cerca de los dos pequeños manantiales existentes en el interior de la ciudad; además, se abastecieron de agua utilizando la infraestructura hidráulica preexistente: el sistema de canales y cisternas elaborado dos mil años atrás por los nabateos.

También han sido ellos quienes han creado diversos relatos y leyendas inspirados por el fantástico lugar en el que vivían, y han puesto nombre a muchos de sus monumentos (como el *Khazneh al-Farun*) y lugares (como la montaña de *Umm al-Biyara*, “*Madre de las cisternas*”) Y, por otro lado, su perfecto conocimiento del terreno es muy valioso para los arqueólogos que trabajan en Petra.

Ahora que todavía podemos hablar con personas que han nacido y vivido en Petra —algunos hasta una edad muy avanzada— y antes de que su muerte y los grandes cambios que el turismo de masas y las nuevas costumbres generadas por su vida actual acaben con el recuerdo de su anterior existencia, es el momento de escucharles y evitar que caigan en el olvido tradiciones que reflejan un conocimiento profundo de la tierra, del agua, del clima, testimonios de un pueblo acostumbrado a vivir en un contacto directo e íntimo con la naturaleza, en un medio ambiente que es al mismo tiempo duro y fascinante.